

LOS TEULE

POR JUST

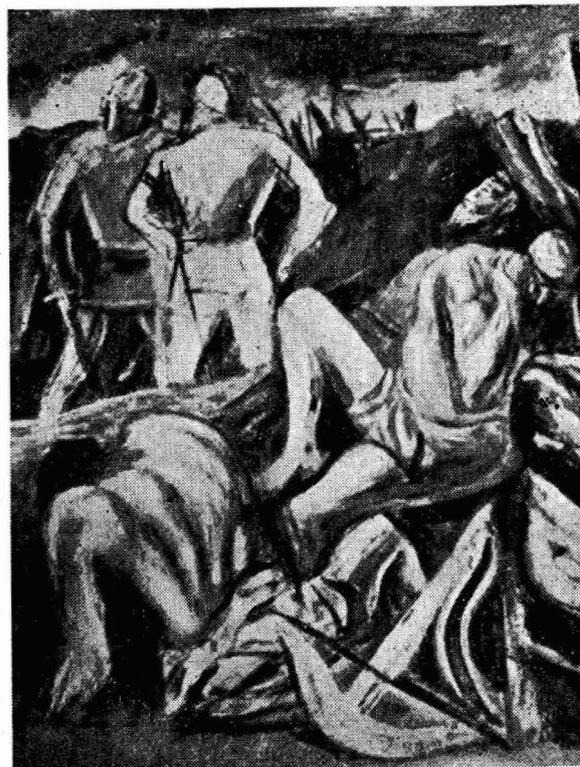


Los *teules* ha querido llamar José Clemente Orozco al numeroso grupo de pinturas y dibujos, todas obras recientes, que presentó en su última gran exposición de El Colegio Nacional. Como en otras ocasiones el tema, si bien necesariamente fragmentado, tiene unidad completa, pues se trata de ese choque brutal entre hombres de dos culturas de signo radicalmente diverso, que conocemos por la Conquista de México.

Nadie mejor dotado que Orozco para acometer la expresión de un momento de nuestro pasado tan actual como es la Conquista, porque no podrá ser jamás, si ha de ser, el tema que "imparcialmente" nos han presentado, o aun nos quieren presentar, los historiógrafos; no, es tema vital porque surge de las entrañas de nuestra propia alma, de nuestra conciencia, y Orozco, por su genio, ha sido el único capaz de elevar

esa conciencia a una categoría artística prodigiosa en que vibra el dolor humano en cada trazo. Porque dolor humano y trascendente fué, ante todo, la inevitable destrucción del mundo indígena, muerte necesaria para que surgiera un mundo nuevo, para que fuésemos posibles. Nacemos así, de la muerte auténtica y definitiva de un mundo cultural que no tiene ya que ofrecernos sino los estupendos testimonios de su existencia impar, porque el resto ya es nuestra propia vida, ser preocupado por el magno acontecimiento que hizo cambiar el rumbo de la historia, ensanchando el horizonte humano.

Contamos con interpretaciones de la Conquista de todos géneros, desde la histórico-científico-naturalista (que no dice *cómo es*, sino, en el mejor de los casos, *cómo pasó*) hasta la artística clasicista que insistió en ver a los indios disfrazados



DE OROZCO

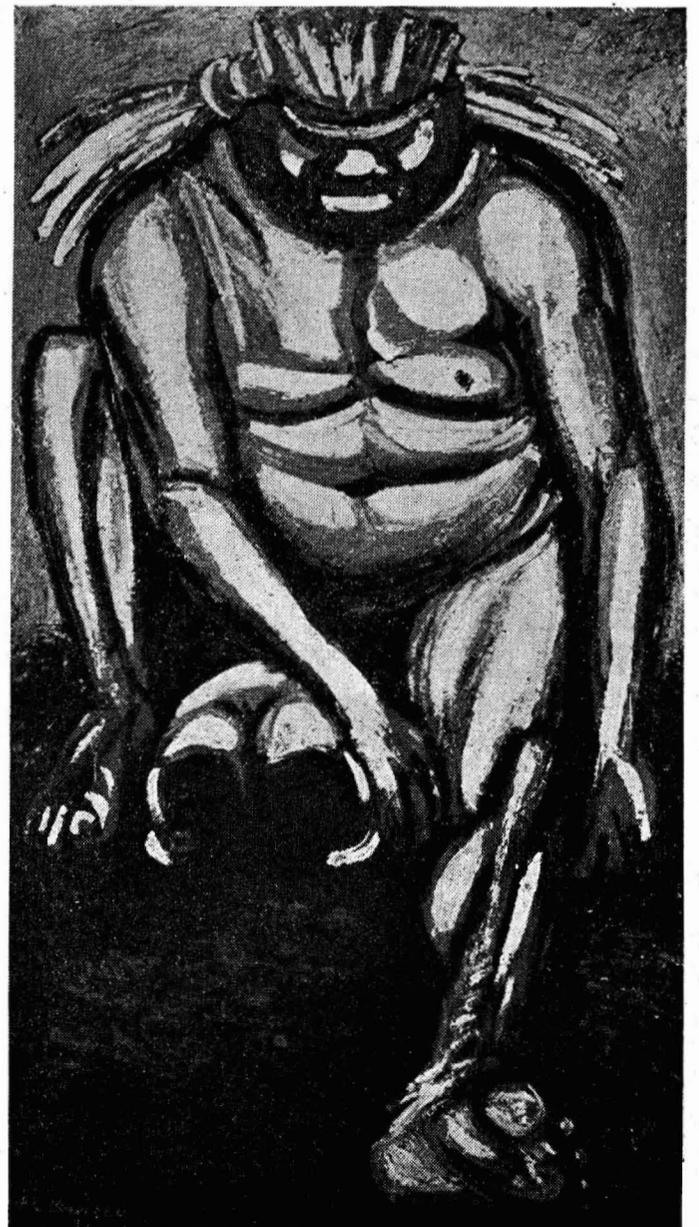
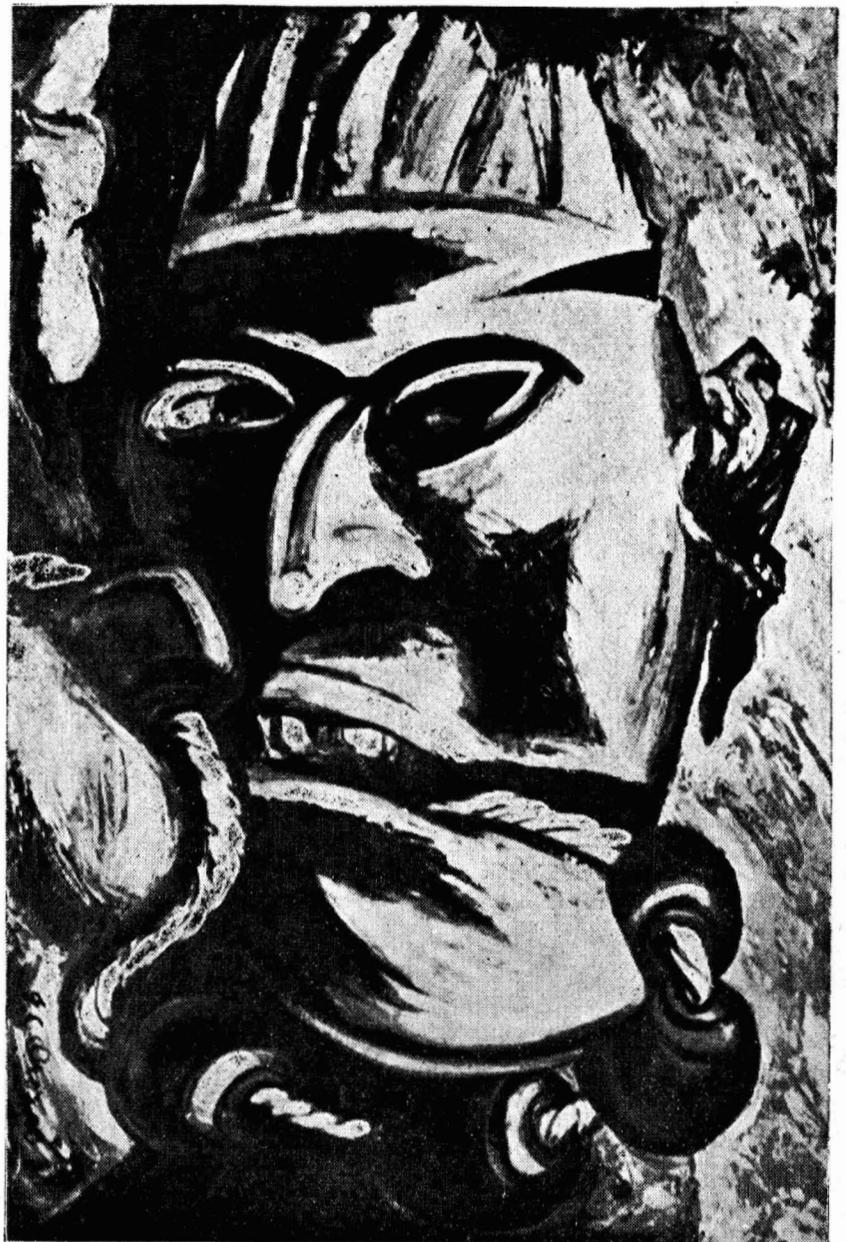
FERNANDEZ

dos de griegos y romanos, si bien hoy día vistos a través de expresiones a la moda; una interpretación más, quiere tapar el sol con un dedo, entregándose a un romanticismo por el glorioso pasado español, y otra aún, más práctica que romántica, exalta el pasado indígena; en suma, hispanismos e indigenismos con sus concernientes intereses. Es evidente, para mí, que México no puede apoyarse con autenticidad en ninguna de esas tesis divergentes; por eso y por considerar que Orozco da expresión a otra conciencia actual que se propone interpretar al hombre, sea el que sea, en su más lata humanidad, es decir, como hombre y no como cosa o pieza de museo, es por lo que me convence, al coincidir con él, de que su interpretación es verdadera.

No con supuesta imparcialidad, sino con auténtica universalidad, Orozco no se muestra *anti* español ni *anti* indígena

—¿quién que tenga fina conciencia puede ser lo uno o lo otro?—, sino que nos viene a decir, en la mejor forma que hoy día puede expresarse, lo que la Conquista es: dolor humano, dolor para unos y para otros, desgarramientos de carnes y de espíritus, angustia y temeridad como extremos; así viene a mostrar emocionantemente tal realidad. Que esto a unos parezca poco decir, que el pusilánime erudito quiera señalar un error fáctico aquí o allá, que si Bernal Díaz es buena o mala fuente de información (pero no de inspiración, porque ésta queda libremente abierta al artista), son objeciones arqueológicas que no rozan tan siquiera la creación artística, que está por encima de esas cosas.

Orozco expresa en viviente pintura su sentido de los mundos indígena y español; es la primera vez que vemos a los hombres de uno y de otro co-

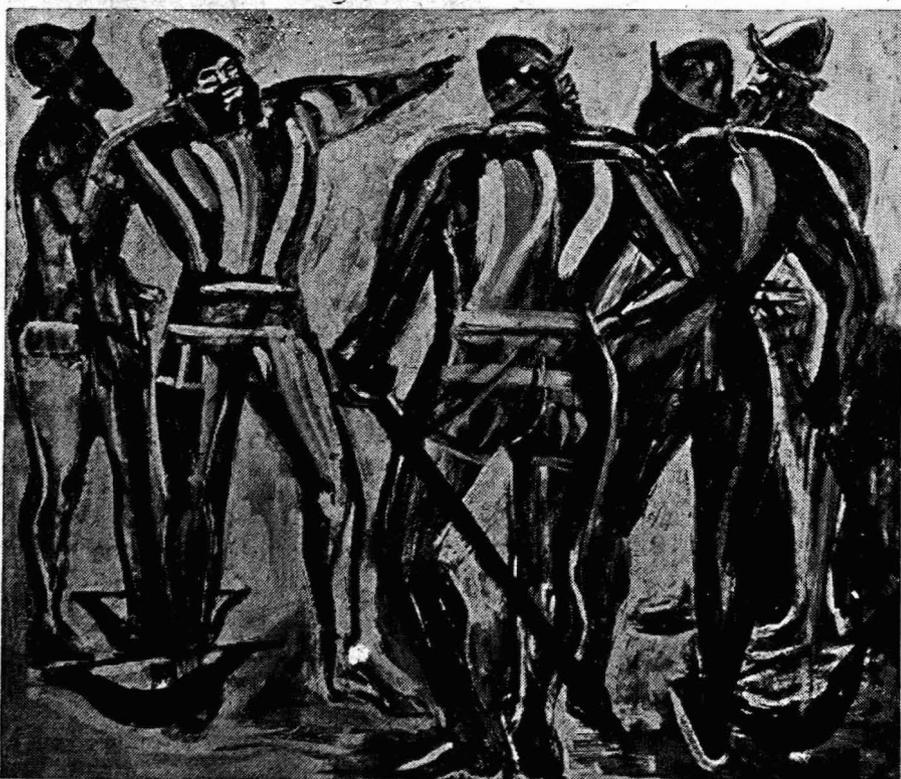




mo hombres de carne y hueso, no como figuritas de códice, recibiendo la terrible lanzada que conmociona, o acribillado de dardos el rostro. Que el mundo indígena sea tremebundo y feroz —y no un mundo ideal de perfección a imitar— y que el mundo español sea tan tremendo y feroz como aquél —y no todo consuelo frailuno—, sobre todo en el momento de las embestidas guerreras

en que las ferocidades se igualan, que es el momento mostrado principalmente por Orozco, es verdad aquí y ahora. Por eso acaba el artista por pintar una maravillosa síntesis en esa especie de cráneo militar adornado con plumas multicolores, que es muerte y vida a la vez, frente a frente, en trance indivisible.

Los españoles quedaron maltruchos, después de aquella tris-



te noche que Orozco expresa en un prodigioso cuadro trágico de tan profundo dolor que hace pensar en los mejores Calvarios de la historia del arte; queda ahí, en el eje central, el maguey mutilado y la mujer indígena como posibilidad de nueva vida, entre muertos y heridos, frente a un horizonte de dramáticas luces. Queda también, en otra original pintura, lo que a la postre quedó del mundo indígena roto, descoyuntado, ahogado en un mar de sangre; pero quedan también, ahogados en pantanosas aguas, los *teules* y sus caballos, un momento antes acribillados por los dardos enemigos.

Los extraños ritos indígenas conmueven por su horrendo sentido y la voluntad formidable de los hombres de acero, a quienes siguen obedientes empenachados guerreros, conmueve asimismo por su indefectible decisión. No valieron ni disfraces ni argucias; al indio le saltaron los ojos de un mandoblazo y el español quedó como un Cristo; entre silbidos, gritos y alaridos, y al fragor de la lucha, Huichilobos daba sus órdenes, mientras la mirada vigilante del español todo lo penetraba; cada quien, a su modo, hizo de las suyas y al final, sobre los escombros, se fundaron las posibilidades de nueva vida, que es la nuestra.

No es posible aquí apuntar siquiera todas las novedades de expresión que estas nuevas obras de Orozco encierran y que prueban una vez más, y quizá más, la potencia imaginativa y expresiva de ese formidable artista que sigue sin consumirse ardiendo en su propio fuego; manejando todas las

técnicas, su lápiz y su pincel son tan móviles y certeros, que el juego formal de sus visiones dice mucho más de lo que el ojo puede ver. El tema de la historia, y los de la nuestra en particular, ha sido y es un rasgo importante de la gran pintura mural mexicana de nuestros tiempos; ella ha revisado, revalorizado, reinterpretado la historia bajo signos diversos, mostrando corrientes tradicionales y actuales que ha llevado a una máxima expresión artística. Para Orozco hombre e historia son sinónimos, por eso su ya largo discurso es preocupación por él y por ella; por su humanismo y por su potencia creadora nos da una lección de historia auténtica, profunda y actual, además de decirnos que cada quien sufre a su manera el dolor que la vida, que la muerte, entraña. Y ese dolor, por ser de otros, de otros tiempos, es nuestro y de nuestro tiempo, porque no es posible dolerse de los demás sin dolerse también de sí propio. Mas no ha de verse, con equívoco, lo anterior en sentido negativo; todo lo contrario y paradójicamente, del dolor de aquella hazaña guerrera brotó una vida nueva —otros ejemplos semejantes hay en la historia— y del dolerse de los demás, de sí propio, Orozco crea un arte, que por serlo es gozoso, aunque exprese realidades que, como todas las auténticas, sean amargas. Y el que no comprenda tal paradoja queda al margen y no es merecedor de recibir un mensaje tan emocionante y humano como es el que Orozco nos entrega, para mayor gloria de México y para mayor gloria mundi.